

parte en su despojo. Los filósofos han hecho oír á los reyes los gritos del pueblo, y no han temido hablarle de sus derechos. Y ¿por qué han levantado la voz contra vosotros esos filósofos? Porque su alma, conmovida en demasía por la historia de vuestras atrocidades, no ha podido contenerse. ¡No! No habéis olvidado, puesto que ardéis en deseos de renovarlas, esas cruzadas contra los Judíos y los Albigenses... ¿Habían cometido aquellos infortunados más crimen que el haber osado resistir al clero y gemir en alta voz por su hipocresía y por sus escándolos?... ¡Cómo! ¡desde los tiempos de Constantino hasta los nuestros no ha pasado un solo día sin que os hayáis manchado de sangre humana!... ¡Como! ¡una superstición tan absurda y tan cruel había cubierto la tierra de tinieblas y de sangre! ¡Cómo! ¡la raza humana, embrutecida, habrá llegado á ser juguete de una cuadrilla de hipócritas que no dejaban á los hombres más que la triste elección de ser sus víctimas ó sus cómplices! ¡Y habrá que guardar cobarde silencio! Habláis del orgullo de los filósofos; no creáis que puede haber gloria alguna en demostrar la falsedad de vuestros dogmas, de ese vil cúmulo de imposturas de que os alimentáis; pero es un deber sagrado para todo amigo de la humanidad emplear contra una superstición funesta todo su valor y toda su fuerza. Ya vuestro imperio está conmovido, pero vuestro espíritu es el mismo; no podéis ya oprimir, pero calumniáis, sostenéis sin rubor los mismos absurdos, despojáis al pueblo por medio de las mismas bribonadas... ¡Creed que mientras estéis en situación de hacer daño, habrá gentes que tendrán valor para perseguiros y arrostrar vuestra venganza!,, (1).

Condorcet trazó el plan de una historia nueva. Se proponía describir en ella la impostura que se llama religión y los bribones que se llaman sacerdotes... En un fragmento de la primera época se lee que el oficio de los sacerdotes fué en todo tiempo forjar oráculos y profecías para venderlos. «Es una mezcla singular de entusiasmo y de charlatanismo. Pudiera sospecharse que son más bribones que entusiastas, cuando se los ve combinar tan bien los medios de esclavizar á los pueblos. El hombre no puede nacer, casarse ó morir sin el auxilio de sus ceremonias; quieren que el hombre

(1) *Obras de CONDORCET*, t. v, p. 335-347.

en todas sus acciones se sienta sobrecogido por el temor de los dioses, y los encuentro siempre entre los dioses y él. Este fué el origen de los sacerdotes, y su historia, continuada hasta nosotros, probaría cuán digno se ha mostrado siempre el sacerdote, á los ojos de la justicia y de la razón, de la estupidez y malicia que habían rodeado su cuna,, (1).

¿No tendrá fin esta impostura secular? Condorcet lo creía, como toda la joven generación; exclama, dirigiéndose á los sacerdotes: «No esperéis ya más paz; una voz terrible ha sonado contra vosotros; se ha dejado oír de un extremo á otro de Europa, y la Europa no ve ya en vosotros sino los más ridículos y los más malos de los hombres. Vuestros gritos de furor no excitan ya más que risa, y son oídos ya con placer, como los rugidos de un tigre á quien se ha arrancado su presa. Se acerca vuestra caída, y el género humano, á quien por tanto tiempo habéis infectado con vuestras fábulas, podrá, al fin respirar,, (2). La Iglesia hoy se ríe de estas vanas amenazas. Hace un siglo que se anunciaba como inmediata su ruina, y en 1793 se podía creer que había llegado su última hora. Sin embargo todavía vive y tiene la pretensión de vivir hasta la consumación de los siglos. ¡No se enorgaña, sin embargo, la Iglesia con su resurrección y su eternidad! Si es cierto, como creían los filósofos y como nosotros creemos, que su pretendida divinidad no es más que una ilusión de la fe ó un cálculo de la política, se puede afirmar que está ya muerta: ¡qué importa que su cadáver tenga aún apariencias de vida! Si conserva una apariencia de vida, es por efecto de la estupidez humana, fomentada por tanto tiempo por el clero y cultivada aún por el mismo donde tiene poder para ello. Es preciso quitarle este instrumento, y entonces tendrá fin su imperio.

En el siglo XVIII no era esta la situación. Voltaire limitaba su ambición á los *hombres de bien*; no le faltaba mucho para creer que el pueblo necesitaba una superstición. Los materialistas tenían una fe más viva en su falsa filosofía; el sentimiento que los inspiraba era exacto, pero su doctrina no era á propósito para hacer la educación de las masas. Condorcet es de la opinión del barón d'Hol-

(1) *Obras de CONDORCET*, t. vi, p. 377.

(2) *Cartas de un teólogo* (CONDORCET, t. v, p. 337).

bach; dice que *de todos los errores perjudiciales, la opinión de que hay errores útiles á la humanidad es el más peligroso y germen de todos los demás* (1). ¿Cómo no han de ser los hombres ignorantes y supersticiosos? Se confía su instrucción y su educación á los sacerdotes, interesados en conservar y perpetuar la superstición y la ignorancia que la produce. En el siglo pasado fueron expulsados los jesuitas, pero esta expulsión dejó un inmenso vacío en la enseñanza; la sociedad laica no estaba preparada para encargarse de este trabajo, que había tenido la imprudencia de abandonar á una orden religiosa. Ocurrió la idea de confiar la educación de la juventud á otra congregación. Condorcet se indigna ante tan obstinada ceguedad: «Es, dice, como si los caribes cambiasen la costumbre de aplastar á lo ancho las cabezas de sus hijos por la de aplastarlas á lo largo; no por eso serían menos imbéciles,, (2). La comparación, aunque injuriosa, tiene un fondo de verdad incontestable. Si, para impedir que la religión ilustre á los hombres, se la deforma cuando está blanda como la cera. «Los sacerdotes, escribe Condorcet á Voltaire, tratan al género humano lo mismo que Dalila á Sansón: lo privan de sus fuerzas, lo dejan ciego y lo entregan á sus tiranos., ¿Qué debe hacerse, pues, para emancipar á los hombres del yugo del error y de la mentira? Es preciso quitar á la Iglesia toda acción sobre la enseñanza; es preciso conducir á la infancia y á la juventud por el camino de la verdad, en lugar de educarla para las prácticas de la superstición. Citemos las palabras de Condorcet, que tienen aplicación en nuestro siglo: «Acostúmbrese á la exactitud el espíritu de los jóvenes por medio del estudio de las ciencias exactas; no se les den acerca de la moral más que las ideas que nunca haya negado ningún hombre de buen sentido, y con esto basta para su conducta común; de este modo se habrán cerrado todas las puertas al error, y la verdad se arraigará sin dificultad en su ánimo cuando la busquen. No hay ninguna verdad, por acreditada que esté y aun creída por los hombres más razonable, que no les pareciese ridícula si la hubiesen oído por primera vez á la edad de diez y ocho años,, (3).

(1) CONDORCET, *Disertación sobre este punto: si es útil á los hombres el ser engañados* (*Obras*, t. v, p. 335).

(2) *Carta á Voltaire*, de 1774 (CONDORCET, *Obras*, t. i, p. 29-32).

(3) CONDORCET, *Disertación sobre este punto: si es útil á los hombres el ser engañados* (*Obras*, t. v, p. 381).

Nos es preciso volver á las tradiciones del siglo pasado. Es verdad que los incrédulos se engañaban al decir que la religión no tiene más principio que el temor, ni más fundamento que la credulidad y la estupidez de los hombres. Se engañaban también al decir que todo sacerdote es un impostor. Nos hemos curado de estas exageraciones; pero ¿no hemos incurrido en el exceso contrario? ¿No tenemos una ciega confianza en la educación dirigida por curas ó frailes? Nunca hubo más extraña aberración. Hay hombres que no creen ni siquiera una palabra de los dogmas cristianos, que no ven en ellos más que error y fraude, ¡y confían sus hijos á los que enseñan el error y explotan el fraude! Digámosles con Condorcet que el creer que el error es útil, benéfico, es el más funesto de los errores. Indudablemente la religión es una necesidad del alma que hay que satisfacer, pero también el alimento es una necesidad para el cuerpo; ¿se deduce de aquí que se le debe dar veneno bajo forma de alimento? En Roma, los augures no podían mirarse sin reírse. También nosotros tenemos nuestros augures. Cuando las religiones han llegado á tal punto de decadencia, no son ya más que una traba para la marcha de la civilización: dar á los que tienen interés en detener al género humano la misión de hacerle progresar, ¿no es el bello ideal del absurdo?

Es necesario una moral, se dice, y no hay otra más que la que se apoya en la religión. Esta es la rancia preocupación que hay que desarraigar. Los que más interés tienen en defenderla vienen en apoyo de los libres pensadores. Si hubiéramos de hablar en nuestro nombre, remitiríamos á esos padres que tanto interés manifiestan por la moral religiosa á las vistas que se celebran en los tribunales; ¡allí verían á esos maestros de moral acusados y convictos de haber corrompido á los niños que tenían la misión de moralizar! Pero aquí no somos más que narradores; hay que oír lo que piensa Condorcet de la religión y de la moral. Condorcet no quiere religión alguna, pero quiere conservar la moral; por mejor decir, rechaza la religión precisamente porque tiene pretensiones sobre la moral: «Se ensalza, dice, la moral introducida por impostores. Pero esa moral, ¿es mejor que la de Platón, Epicteto, Marco Aurelio, Cicerón y Séneca? ¡Cuán inferiores á las obras de los filósofos son esos códigos de moral religiosa cuando se los lee sin pre-

vención! ¡Cuántas máximas falsas, exageradas, se encuentran en ellos, á veces propias para envilecer á los hombres, á veces capaces de formar entusiastas inútiles ó perjudiciales para la sociedad, de destruir las virtudes útiles y activas!„ (1).

Se dice que los filósofos no tienen moral ó que la destruyen: “Sí, exclama Condorcet dirigiéndose á sus adversarios, han combatido la vuestra, y ¿no han librado á los hombres del yugo de una moral bárbara que les prohíbe como un crimen el único bien que puede hacer agradable la vida; de una moral abyecta que les manda complacerse en la humillación y en los ultrajes; de una moral que permite á los sacerdotes degollar á los enemigos de su fe y les prohíbe tener mujeres legítimas; que lleva al paraíso á los asesinos de los reyes herejes y al infierno á los lectores de Bayle; que funda todos los deberes de los hombres en un cúmulo de cuentos tan ridículos como desagradables; que haciendo á los sacerdotes jueces de la moral, no admite más virtud que la que es útil á los sacerdotes, ni más crimen que lo que les perjudica? Pero la moral que enseña á ser humano y justo, que ordena al hombre poderoso que considere al débil como su hermano; la moral fundada en la benevolencia natural del hombre hacia su semejante, ¿qué filósofo la ha atacado? ¿Denunciáis los filósofos á los príncipes! ¿Es porque han osado decir que los príncipes han recibido del pueblo su autoridad, y que no deben emplearla más que en beneficio del pueblo? ¿Es por haber osado recordarles esos derechos de la naturaleza de que ningún contrato puede despojar á los hombres?„ (2).

Nada más exacto que esa crítica de la moral religiosa. Pero Condorcet, como todo el siglo XVIII, se ha equivocado al confundir la religión con la falsa copia que tenía á la vista y al rechazar toda especie de creencia religiosa. Hemos dicho ya que ese exceso es el vicio de la filosofía del siglo pasado. La moral filosófica no basta para las necesidades de la humanidad. Establece admirablemente los deberes de los hombres, pero no les enseña nada acerca de Dios ni acerca del destino futuro del hombre. En esto tiene que intervenir necesariamente la fe. Si nuestra existencia en este

(1) CONDORCET, *Disertación sobre este punto: si es útil á los hombres el ser engañados* (Obras, t. v, p. 367).

(2) CONDORCET, *Cartas de un teólogo* (Obras t. v, págs. 333-334).

mundo, abstracción hecha de una vida futura y aun anterior, no se concibe, puesto que no es más que un eslabón de una cadena inmensa, ¿no es evidente que al limitar el destino del hombre á este mundo se da de él una falsa idea, y, por consiguiente, se vicia la moral misma? Había, pues, algo de incompleto en la doctrina de los libres pensadores; por esto, á pesar de su desinterés y sacrificio, á pesar de su amor á la humanidad, fracasaron.

¿Es esto una razón para rechazar su herencia? No; es preciso continuar su obra, es preciso emancipar á la humanidad del yugo innoble de la superstición. Para esto no hay más que un medio, y es el de dar á los hombres creencias más puras que las que la filosofía rechaza como supersticiosas. Tal es la misión del siglo XIX y del porvenir. Este trabajo, que se va realizando insensiblemente en la conciencia humana, encuentra una doble oposición. Los partidarios del cristianismo tradicional pretenden que la religión es imposible fuera de la revelación, y los incrédulos dicen que toda religión es una mentira. En otra parte examinaremos esta magna cuestión: no la hay más capital. Por el momento basta observar que los hechos que tienen lugar á nuestra vista responden á las objeciones de los ortodoxos. Hay un movimiento racionalista en el seno de las dos confesiones religiosas que existen en el mundo occidental, en el mosaísmo y en el cristianismo. Los judíos y los protestantes avanzados rechazan toda revelación sobrenatural y milagrosa; ¿dejan por eso de tener una religión? No, seguramente; pero la religión se modifica y se transforma. Esto responde igualmente á los escrúpulos de los libres pensadores. Entren en un templo de unitarios, escuchen el sermón de un rabino de la nueva escuela, y no encontrarán ya rastro de la superstición que con tanta razón odian; y, sin embargo, el sentimiento religioso sigue conservando gran vivacidad. La religión es, pues, posible sin elemento sobrenatural, sin impostura y sin engaño.

Hay, además, otro hecho muy importante que debe llamar la atención del observador, y es la reacción religiosa que ha seguido á la incredulidad del siglo pasado. Despojándola de lo que tiene de ficticio y de superficial, podrá decirse con verdad que es un testimonio de que el sentimiento religioso es necesario al hombre. Es preciso darle sa-

tisfacción; de otro modo se lanza á la religión del pasado á todos aquellos que no han conseguido formarse convicciones acerca de los grandes problemas que han de ser siempre el tormento del espíritu humano. Pero la religión del pasado no satisface ya á aquellos que tienen en algo su razón y desean la libertad de pensar. ¿Qué resultado pueden dar, pues, tanto el sistema de los incrédulos como el de los ortodoxos? Se tendrá una religión que no consiste más que en supersticiones para las clases inferiores, para las clases que no piensan, y no habrá ya fe, á no ser individualmente entre los hombres que piensan. ¿Es este el ideal de la hu-

manidad? Esto es dividir al género humano en *canalla y hombres de bien*. Esto era bueno para el siglo XVIII; pero en el XIX, las tendencias son más democráticas, más generosas, y cada vez lo han de ser más. El movimiento es irresistible, y reobrará también sobre la religión. Reivindicamos para todo hombre la libertad política; pero ¿qué es la libertad política cuando la razón es esclava? Es necesario, pues, libertar la razón de las cadenas que la oprimen. Esto quiere decir que se necesita una fe que se concilie con la razón; ¡la fe es el pan de vida de la humanidad!